

ÁNGELUS

Por Eneas Duncan

I

La puerta crujía en su vaivén, cuando el viento jugaba con sus astillados huesos. La noche que caía sobre la lúgubre ciudad, con sus nubes reptando por lo negro, estaba más oscura que la tumba abierta de ese cementerio. El ataúd de madera pobre se encontraba abierto, y dejaba entrever la profundidad de lo inevitable. Desde el árbol, retorcido en ramas, un cuervo de ojos vacíos miraba al que llegaba. No estaba vivo, pero tampoco muerto. Hacía un tiempo que respirar se le dificultaba. No tenía planes para el mañana, y el hoy le era un suplicio. Paseaba su cuerpo a través de las calles con gente y todos parecían ignorar su presencia. No sentía dolor y su pena era infinita. Era un medio muerto. Estaba enamorado de quien ya nunca lo amaría. Arrastraba su condena desde tiempos inmemoriales. Una vez que llegó al lugar elegido, se echó sobre la tierra gruesa a esperar. La mañana nunca pobló sus ojos, y el rocío fue su mortaja. Muerto... Muerto de amor.

II

La aldea se encontraba a orillas de un lago claro, cuyas olas mordisqueaban el musgo de las rocas que lo circundaban. Era un lugar distante de todo lo conocido, ubicado en un valle sin tiempo y rodeado por un bosque que procuraba abrigo seguro a la comarca. Ese día azul, el niño se había adentrado demasiado en la fronda, en persecución de una ardilla que evitaba su presencia. Los árboles, gigantes custodios de secretos

guardados, eran testigos de los juegos del infante, que culminaron cuando se enfrentó a una realidad: Estaba perdido, y la tarde flaqueaba frente al crepúsculo inminente. Mientras buscaba la salida de ese laberinto de robledales y acacias deformes, escapando del ejército de sombras que hacía sonar sus cascos al galope, tropezó con ella. Era menor que el, de largos cabellos rojos, y su cara de tez perlina estaba coronada por dos esmeraldas glaucas como ojos. Por un largo tiempo no hablaron. El universo, en estado primordial, encontró su espacio en el punto de convergencia de sus miradas. El niño dio paso al hombre, pues había conocido el amor. En algún momento, extendió sus manos para tocarla. No pudo. Cuando miró a su alrededor, la partida de hombres que lo había hallado intentaba reanimarlo. Alertado, escudriñó el lugar en busca de la fantasmal presencia. No estaba. Desde ese día, condenado, hizo un juramento. Han pasado más de mil años. El juramento sigue en pie.

III

Por esos misterios de la vida una mujer, que casualmente participaba de un cortejo fúnebre, encontró el cuerpo sin vida yaciendo sobre las heladas tierras del cementerio, y lo reconoció al instante. También su pena fue infinita. Arrepentida de no haberse atrevido a amarlo en vida, decidió convocar a su alma, para que regrese a este mundo y así compartir el resto de sus días. Él, que había pretendido descansar en paz después de tanta agonía, no pudo resistirse al llamado. Atravesó el portal, feliz porque ahora sí tenía planes para el mañana. Cuando abrió los ojos, advirtió una apariencia desconocida. Entonces la duda y el temor se apoderaron de su alma... ¿Podría su amada, irreconocible, reconocerlo?

IV

El niño, el hombre, el muerto, despegó los párpados para hallar su desesperación bajo la forma de la hechicera de los cabellos de fuego. Ella, vuelta mujer sólo por el afán de encontrar aquello de lo que había huido diez siglos atrás, creyó haberle rescatado con sus artes olvidadas. Menudo error. ¿Cómo decirle que su conjuro por sí sólo habría sido vano? Las palabras forzaban el aire detrás de sus dientes, pero el hombre todavía se negaba a hablar, temeroso de que el alma volviera a escapársele por entre los labios al abrir la boca. Recordaba, muy vagamente, el preciso instante en que moría y, al ver desde la trastienda de la existencia física el rayo verde de la mirada que le buscaba, decidió regresar a cualquier precio. Entonces apareció el Otro para advertirle que no debía echar por el suelo la palabra dada. "Juraste", le dijo, "que si te daba mil años de vida para encontrar la puerta por donde escapó la doncella, tú me entregarías otros tantos de tu muerte para mi servicio".

V

La historia de un hombre se puede resumir con puñado de palabras, que se perderán en las arenas del tiempo y el eco de los confines. Una vida de búsqueda y desencuentros signó mi suerte. El réprobo, vicario de la maldad, es un perfecto titiritero que maneja los hilos de mis actos a la discreción de su placer. Fui argonauta y pescador de monstruosidades que aterrorizarían al más valiente de los héroes; obrero de las pirámides del norte que desafían aun hoy al sol, legionario de Polibio que durante las Guerras Samnitas supo dar muerte a las tribus adeninas, cazador de los bosques negros de Basilea, mercader de pueblos sumerios que habitaron entre las planicies aluviales de los ríos Éufrates y Tigres, que yacen hundidos en la amnesia de las eras. Fui talabartero, pastor, cocinero,

artesano, jinete, músico y asesino de ocasos rojos que han hecho nido en mis retinas. En todas las épocas y lugares la hallé. Nuestros destinos permanecen circulares en un juego de laberintos sin fin. Recuerdo que la segunda vez que la vi., desde nuestro encuentro en aquel bosque, fue en las costas de la vieja Arcadia, sobre unos peñascos que afloraban en la costa. El sol caía con pesadez sobre el mediodía de espuma y roca, y ella estaba allí, mirando el mar sin verlo, con su torso desnudo y surcado por su cabello tinto y húmedo, que se confundía con la cola de pez. Su canto era sobrenatural, al igual que su belleza. Cuando la descubrí deje la red con sus peces y caminé hacia ella, como lo he hecho siempre y lo seguiré haciendo. Supo de mi presencia y su mirada se posó en mí, hipnótica. A centímetros de su figura de sal extendí mi mano y logré alcanzar la suya. El agua bramó sobre nosotros y la esfera brillante del mediodía se desplomó sobre la pluma de Virgilio... Y así me encontré en un monte sin nombre y en otro tiempo, donde labré la tierra. Y la vi en las planicies de Hispanya, y otra vez la perdí. Y nos encontramos en una remota calle montados sobre el viento otoñal que nos esparció como hojas. Y así la condena, huellas en el agua, y un amor destinado a ser trigo sembrado en el mar. Oh, lector, que crees haber sufrido en este mundo, pues te digo que nada sabes. Una vida tienes, con amigos, padres, hijos, trabajo y amor. Y una muerte. Te envidio. Vivir mil vidas, penar por un amor y no tener fin es mi condena. Y espera saber de mi infortunio, con aquel que envilece las almas nobles. Aquel que siempre nos encuentra y nos promete sueños que de cumplirse, se tornan pesadillas. Aquel, que ahora, puede estar a tu lado.

VI

América, el continente nuevo, un mundo pletórico de promesas lo albergaba desde hacía unas décadas. Su finca algodонера, sobre las márgenes del Mississippi, tenía una calidad límpida, y sus recintos siempre

soleados confinaban las fragancias de la lavanda y los frutales del jardín. Una noche, en la que se encontraba solo en el gran salón tras haber despedido a Moisés, el viejo capataz negro que lo ayudaba en la plantación, mientras miraba la noche que caía nueva y fresca sintió una presencia maligna tras de él. Tomó su arma, que estaba en un cristalero, y se sintió seguro. Escudriñó entre los rincones apenas iluminados por las titilantes lámparas de kerosén. Un frío sudor corrió por su espalda al descubrir la presencia del mal. Posó sus ojos sobre la mirada lucífuga y muerta del demonio. “¿Quién eres?”, le preguntó mientras lo encañonaba con el pistolón. El otro no respondió. Sus dedos largos, que terminaban en uñas de gato, acariciaban la boca de la copa de la cual bebía un cordial de tonos de roble. Su boca negra era una mueca absurda sobre una tez perlina, sin vida. Bebió pausadamente, ajeno a lo que lo rodeaba. El vino le corría por las comisuras como sangre espesa. Como un enorme vampiro, arropado en su vestido negro, disfrutaba el momento. Sin mirarlo habló con una voz seca, profunda, como surgida de un cantizal: “Nadie se detiene a hablar con las hormigas. Ellas no entenderían una palabra, y el interlocutor parecería un imbécil, en el peor de los casos. ¿No estás de acuerdo con ello? Por qué darte una respuesta si además, ya conoces la respuesta”. Y siguió bebiendo. Percival sintió el impulso de dispararle al pecho, pero una curiosidad más allá de lo inexplicable contuvo su acción y solo atinó a preguntarle: “¿Por qué yo?” “¿Y por qué no?...” fue su respuesta. “Tal vez, y solo tal vez, te puedes preguntar si esto no es solo un simple juego para intentar corromper mi eterno aburrimiento. En todo caso, no tengo la respuesta”. El cañón del arma seguía fijo sobre la entidad maldita, pronta a escupir su fuego lacerante. “La amas. La necesitas. Ella es tu dolor y tu gloria. Y soy el único que te la puede entregar. Ella es especial. Es la flor más perfumada del prado. Oh, si... bien lo sabes tu. Cuantas veces la has intentado alcanzar desde que eras aquel niño perdido del bosque a estos desdichados días...” Las luces comenzaban a menguar y el mundo de repente estalló en la cabeza de Percival como un millar de espejos rotos que se pulverizan contra

un paredón. “Ella”, concluyó el oscuro, “la hechicera de tus sentidos, la bruja de pelo rojo y ojos verdes, mi querido gentilhomme, esa a la que buscas frenéticamente por el orbe y a través de los tiempos, ella, es mi hija”.

VII

La historia que intento extraer de mi memoria, no sé cuan cierta resulta. La misma me fue confirmada por cientos de personas en distintos pueblos. Con puntos de convergencia en algunos casos y en otros, con siderales diferencias. Algunas partes las conozco con certidumbre. Todo comienza más allá de tiempo, sobre las espaldas de los confines oceánicos. Puede ser que lejos, o en las cercanías del lugar donde los rodios decidieron erigir una estatua gigantesca al dios Helios, en una ciudad de ensueño cuyo nombre no recuerdo, y quizás tampoco importa. Era una época en la cual los soles del estío se despeinaban con el viento sur proveniente de las planicies calientes de un mar que dibujaba espuma en la costa. Los barcos de mercaderes, que zigzagueando tormentas recalaban en el bullicioso puerto, parecían un enjambre multicolor enajenante. Diádocos, egipcios, sumerios, fenicios y arcanos con sus pieles de bronce y brillo pululaban por entre las tiendas. Todo se vendía. Todo se compraba. En una tienda abarrotada de marinos ebrios plagada de viscosos sudores, tendida en una base de piedra, una mujer daba efímera satisfacción a quien le dejara monedas en una vasija de barro cocido. Una treintena de hombres, animalizados y sedientos de satisfacer sus instintos precarios, formaban una fila que se retorció como un gusano sobre una calle angosta, sin nombre. Mientras consumían el cuerpo de la mujer tendida, por entre los impacientes clientes una enorme figura llegó hasta el lupanar y de un manotazo apartó al elamita que besaba a la prostituta. Atormentado por la interrupción, el ofuscado amante tomó su daga y se abalanzó sobre su agresor, pero no tuvo chance alguna. De un artero golpe cercenaron su

cabeza. El resto de los enmudecidos testigos se dieron a la fuga y entonces, ella y el gigante quedaron solos y en silencio. Apartando con sus finas manos la manta que cubría su cuerpo lo invitó a yacer con ella. El no se hizo esperar. Por la mañana, con la luz del alba que posaba sus rosados dedos sobre el firmamento, tras consumir el rapto se hicieron a la mar en un buque rumbo a las ciudades del norte de África, donde él esperaba venderla como esclava. El relato se torna confuso sobre lo que pasó luego de que embarcaron. Cierto es que la mujer, nueve lunas después, dio a luz a una bella niña de cabello de fuego y penetrantes ojos verdes. La criatura, tras su nacimiento, fue una señal de mal augurio para los navegantes, que no dudaron en ofrecerla a los monstruos del abismo para calmar una furia que no tardaría en llegar. Una noche de claridad selenita, la mujer y su cría fueron echadas a un mar agónico de vientos. Ella llegó a la costa con su hija, donde encontró la muerte por extenuación y malas fiebres. Una familia de leñadores recogió a la niña de espuma y pelo tinto, y como a una bendición de Poseidón la criaron en un hogar donde la risa de un primogénito se había hecho esperar demasiado. Fueron años felices, de infancia segura y calor de hogar en un bosque verde y frutal...

Este es el principio de mi historia. Fui la hija de una prostituta. Soy la víctima de un conjuro maldito que desconozco. Me llaman la bruja de cabellos rojos que vino del mar.

VIII

Había perdido noción del tiempo que llevaba haciendo guardia en aquella trinchera, barrosa y condenada a una humedad que calaba los huesos. Las explosiones sordas me resultaban lejanas, y manchaban de luz mortecina los grises lazos que tendía el anochecer sobre el campo de batalla. Miraba a mis compañeros de armas, y sólo veía repetidos rostros que a lo largo de las eras mostraban la misma sensación anestésica de quienes pasan mucho tiempo fuera de sus hogares, justificando una guerra

que no quieren. Unos disparos como insectos zumbantes atravesaron por sobre nuestras cabezas para dar de lleno en la nada. Los alemanes persistían en tomar esa posición estratégica, pero el alto mando fue enérgico en su comunicado: El puente debía ser defendido a toda costa. “¡Percival! Se están moviendo hacia aquí con apoyo de artillería” me alertó un joven soldado de carnes magras que no superaría los veinte años. “¡Bien! A mi orden abrimos fuego a discreción”. La brigada a mi cargo estaba ansiosa por terminar la vigilia y de alguna forma ver la posibilidad de, una vez cumplida la misión, retornar unos días a la línea de retaguardia y visitar a las amigables parisinas que Pierre se había comprometido a presentarnos. “¡Ahí vienen!” gritó a voz en cuello el polaco Sidorak. La calle central se llenó de balas trazantes que como luciérnagas velocísimas comenzaron a repiquetear en nuestra cubierta. Eran muchos, y su poder de fuego mayúsculo. Nosotros pocos, pero con la convicción de los que no tienen nada que perder. Nos batimos como fieras por no menos de nueve horas, hasta que tuve que plantear la retirada. Sólo Martins, Sidorak, Chaney y yo pudimos escapar a la ofensiva teutona, no sin contar con heridas de bala, cortes y magullones. Tras dos días de caminata llegamos, cansados y famélicos, a un pueblito pequeño que se encontraba a cuarenta kilómetros de la Ciudad Luz, donde hallamos un puesto sanitario de la Cruz Roja. Al vernos llegar nos dieron de comer, ropas limpias, y fuimos internados en el pequeño hospital ambulante que contaba con una veintena de camas para los soldados heridos. Una mañana soleada, estando yo acostado mientras me inyectaban antibióticos, la encontré nuevamente. Como hacia miles de años, nuestros destinos se cruzaron. Era enfermera, y su vestido blanco resaltaba el color de su cabello. Su cara pecosa estaba singularmente bella, y sus rizos caían desordenadamente sobre su frente. Su boca era la quintaesencia de la perfección. En un descuido me vio, y quedó petrificada. Tras ese breve lapso me sonrió y se dirigió hacia mí. Frente a mi cama, su escultural figura parecía hecha de azúcar cuando abrió los labios para decirme: “Eres tú...” No la escuché atontado, por su

hermosura, y solo atiné a tomarle mano. “Te busqué toda mi vida, desde que nos vimos en aquel bosque, y solo entiendo que nací para amarte, para cuidarte, y desde entonces no pienso en otra cosa”, le dije, endulzado por su presencia. “Lo sé, porque yo también creo que soy para ti” me respondió con una voz de ámbar. “Y también a lo largo de estas eras quería que nos encontremos”. “¿Cómo te llamas? ”, le pregunté. “Al igual que tu tuve varios nombres, pero puedes llamarme Vivian... ¿Y cual es tu nombre ahora?” “Percival...”, respondí. “Percival...Déjame ver tu hombro, quiero saber si tienes la marca de ellos...” Su curiosidad me encendió. “¡Espera!. Si tengo una marca. Y es de nacimiento. Se asemeja a una daga”, la interrumpí aturdido. “¿Quiénes son ellos?” Observó con sus ojos de fuego verde la marca, y pasó sus dedos sobre ella como un ciego leyendo la escritura en braille. Tomó asiento a mi lado con lentitud, y habló. “Desde antiguo, los pueblos creyeron que entre los dioses y los hombres existían mensajeros, seres divinos que iban de un mundo a otro, motivo por el cual se los empezó a representar con alas en sus espaldas. Según sus religiones, que se basan en la coexistencia de los principios del mal y el bien como explicación de todas las cosas, se hablaba de ángeles buenos y ángeles malos, éstos últimos servidores del mal. Los intermediarios alados entre la divinidad y los seres humanos son tan parecidos a varones humanos que pueden ser confundidos con ellos. Es necesario entender que si bien se los conoce como mensajeros, los ángeles son encarnizados guerreros...” Se calló de repente y con su ojos me interrogó se debía continuar. “Sigue”, la alenté. “De acuerdo a la teología cristiana medieval los ángeles están organizados en varias órdenes o coros. En ese sentido, la clasificación más influyente fue creada por un autor desconocido cuyas obras nos han llegado atribuidas a Dionisio Areopagita, quien definió nueve coros angélicos agrupados en tres grupos: Serafines, querubines y tronos son del primer grupo; las dominaciones, virtudes y potestades forman parte del segundo grupo, y los principados, arcángeles y ángeles están en el tercer grupo. Sin entrar en más detalles te diré que éstos son los que desarrollan la relación

con la humanidad; los principados protegen a las naciones, los arcángeles son mensajeros de Dios y los ángeles protegen a los seres humanos". Estaba confundido. "¿Y por qué me dices esto?", le pregunté. Y sonriendo me dijo: "Porque tú eres uno de ellos".

IX

La aldea se alzaba sobre un gran valle cercano al mar del norte, al costado de un lago frío que aseguraba alimento y agua todo el año. Un lugar de lobos aullantes, gnomos y hechiceras que veían más allá de la bruma de la muerte. Era una tierra yerma, dura, de piedra y niebla, donde el gris plomo de las tardes anidaba en los corazones de sus habitantes. Los cielos azules eran extraños, tanto como el que amaneció el día de la llegada del niño. Un forastero surgió al final del camino y llegó hasta la parte central del caserío, enfundando en pieles y espadas. Sin lugar a dudas era un hombre de guerras, el porte y la actitud lo denotaban. Su aspecto era el de un lestrigón, tribu mitológica de gigantes antropófagos. Cuando llegó a la plaza central, un espacio circular rodeado de pircas, se detuvo y miró a aquellos que habían percibido su llegada. "¿Dónde está vuestro líder?", preguntó con una voz grave que no era de este mundo. De una casa cercana, custodiado por dos guardias muñidos de lanzas se acercó un viejo de gran robustez que se presentó: "Yo soy el que buscas forastero. ¿Qué te trae por aquí?" De su carcaj, con sus manos abundantes en cicatrices de combates pasados, y uñas largas como púas, tomó un bulto de piel de cabra y lo depositó en el suelo sin cuidado alguno. Tras ello, dio media vuelta y se fue en silencio, dejando tras de sí una estela de maldad. Gwen se acercó hasta el objeto abandonado por el gigante, y vacilando descubrió su contenido. Sus ojos se maravillaron por la visión. Del interior de ese cobijo emergió la cara de un niño. Tras la sorpresa, el párvulo fue presentado al Consejo de Ancianos, que determinaría su suerte. "No podemos dejarlo entre nosotros", dijo el venerable centenario que presidía

el Consejo. “Su procedencia desconocida puede traer males a nuestro pueblo”. “Si, es cierto”, manifestó Evan el sabio. “El peregrino que llegó a estas soledades es Aquel Que No Se Nombra. Todos lo sabemos. El niño debe ser la semilla del mal, por lo cual, propongo sea arrojado desde los acantilados al mar y nunca más recordemos éste episodio”. Todos en la sala asintieron. La suerte del inocente había sido echada. De repente, el murmullo que nacía afuera del edificio fue en aumento, anunciando una visita inesperada. Enclenque en su paso, con los ojos ciegos de tanto haber visto y llena de amuletos y abalorios, la bruja se acercó sin que ninguno pudiera evitarlo, inundando las fosas nasales de todos con un rancio estupor de almizcle y azufre. Fue directamente hasta el niño, que lloraba desnudo sobre la mesa oblonga de cedro que oficia de epicentro geográfico de ese reducto. Cuando estuvo frente a la criatura puso sus ojos en blanco y se adentró a un umbral de otro mundo, como en éxtasis. Nadie se movía. Acto seguido untó al infante con una sustancia azulada, por todo su cuerpecito, mientras balbuceabas galimatías en algún idioma ya olvidado, la palabra de los Antiguos. Sus manos deformadas por la artritis, que las tornaba semejantes a ramas secas, lo acariciaban y lo exploraban, mientras su cabeza erguida hacia lo alto le daba el aspecto de un menhir. De repente, su actividad se paralizó en forma intempestiva y chilló escalofriantemente como un cerdo al que se lo degüella. Y en medio de su estado, con profusas lagrimas que surgían de sus cuencas oculares, y con una risa desdentada, fantasmagórica y de calavera vieja y alegre, alzó al pequeño hacia el cielo. Y todos se sobrecogieron. El Anciano Mayor se separó del resto, acercándose donde la bruja para tomar al niño entre sus brazos. La exhausta mujer se lo entregó no sin antes indicar con su dedo índice, sobre el hombro del pequeño, una mancha rosada, casi imperceptible, con forma de cuchillo. La bruja, entonces se acercó al oído del anciano, y, con una voz cascada de mar que no brama, susurró pausadamente: “Ángelus...” Y el niño, como no lo había hecho hasta ese momento, lloró.

X

“Errare humanum est, perseverare autem diabolicum”, dijo. “Errar es humano, perseverar en el error es diabólico”, contestó Percival al demonio mientras lo mantenía encañonado con su revólver. “Aunque puede que hoy culmine tu perseverancia con un disparo en tu frente” “¡Bien viejo amigo!...Se ve que el viejo idioma sigue inalterable en tu memoria. Pero deja ya de apuntarme con esa innoble arma, no tiene sentido que persistas en esa actitud que no te llevará a ninguna parte, pues tú sólo pretendes respuestas”, dijo el otro chasqueando su lengua viscosa contra el paladar, y volviendo a beber el vino de la copa. El perfume de la lavanda y los frutales parecían hacerse más intensos, y la noche, cubría de silencio el encuentro. Dos desconocidos, dos viajeros fantasmales, y una cantidad de incógnitas para la vida de Percival, tantas como estrellas de los cielos. “Cuéntame de ella”, ordenó. El oscuro se relamió como un gato, acomodándose en el sillón con placer. “Deseo fornicar a tus esclavas negras, esas que duermen en las barracas. El hombre que habita en mí desea carne fresca”. “No son esclavas. Son trabajadoras y están a mi cuidado”. La risa estentórea retumbó en la noche de Mississippi socavando los cimientos de la plantación y llegando hasta el mismo magma rojo y negro del nuevo continente. “No puedes controlar el guardián que hay en ti. Tus acciones son tan vulgares, tan predecibles como las del de arriba”. “¡Quiero saber ya!” “Bien. Escucha, mensajero guardián. Tú sólo sabes que el tiempo no transcurre en tu existencia como para el resto de la humanidad. Has visto nacer, crecer y morir civilizaciones. Has conocido al Antiguo Mundo, aquel de monstruos y dioses paganos, has conocido a Babilonia la Grande y sus jardines colgantes, has participado en epopeyas griegas mirando como Héctor y Aquiles se quedaban en la Historia, navegaste frente a las costas de Circe, quien debe haberte cautivado con su belleza, viste crecer las Pirámides desde la nada y la imaginación de sus arquitectos, fuiste legionario de los

ejércitos del César y doblegaste pueblos bárbaros. Y así las cosas, has crecido a la sombra de una Iglesia Católica que de siempre disputó poder a los príncipes, como si el Reino de los Cielos no le bastara. Y los tiempos del medioevo y su oscurantismo, y el descubrimiento de estos lugares que nacieron de la voluntad y el tesón del Colombo. Ah, que hermoso es verlos correr como niños asustados en un patio. Finalmente, tú, que no sabes en realidad quien eres, pero cuyo destino está signado por encontrar a una mujer que también camina sobre el tiempo... Esa mujer que te ha condenado no es sino mi hija, cuya madre fue la prostituta de un puerto perdido del Mar Blanco". Los ojos del demonio eran dos vidrios negros, sin chispa vital, que miraban fijamente la nada. Se llevó la copa a la boca pero ya no tenía vino. Hizo un ademán torpe con su mano siniestra y la depositó sobre el piso. "¿Pero quién soy, entonces?" preguntó Percival sin quitarle la mirada de encima. El otro se tomó su tiempo para contestar. A través de la ventana se podía ver las copas de los árboles mecidos por una brisa caliente y mojada de rocío. "No te lo diré. Pero sí he de contarte que tu búsqueda de la mujer de pelo rojo no es arbitraria ni antojadiza. Y también te diré que con todo el poder que tengo no puedo destruirte, a pesar de que es mi mayor anhelo. Existen algunas reglas entre los mundos del Bien y el Mal, y una de ellas, que no ha de ser vulnerada jamás, es que nunca, pero nunca, se da muerte a los mensajeros ni a los guardianes. Al menos ni Él ni yo, por nuestros propios medios. No porque no sean importantes, pero ya sabes, son necesarios. Aunque ello no implica que no tienes un enemigo que intenta encontrarte. Ése aún no te ha hallado, pero tarde o temprano lo hará. Es un esbirro que pone en justo equilibrio las cosas para ambos lados, desmalezando la escoria celestial innecesaria". Luzbel bostezó como un león cansado y se desperezó. El vigor y el poder que su cuerpo emanaba era soberbio. "Por último, si vas en busca de la claridad de tus orígenes, de tu ontología... no busques en estas tierras salvajes llenas de nada. Ve al antiguo continente. Allí está la verdad que anhelas. Y de seguro encontrarás a la hija de mis saturnales también. Ve a ella. Ve..." En tanto Percival lo

seguía apuntando con su arma, caminó hacia el pórtico de la entrada a la gran casa y sin darse vuelta agregó: “Quien te busca es una persona viajera como tú. Su nombre es Maimó”. Sus palabras se fueron con él, al amparo de una noche sin tregua y de atmósferas cargadas por estrellas sin brillo.

XI

Hacia meses que no llovía sobre esa parte de África, al norte de Kwazulu- Natal, donde los clanes tonga se asientan en Kosi Bay. Los pescadores sufrían la seca interminable, y los habitantes de las aguas parecían inmunes a la técnica milenaria de captura con trampas y canastos de mimbre. La única que permanecía sin mácula, era la luna de plata que vigilaba las planicies desoladas de vegetación. Con el fin de la luz crepuscular, un reducido grupo de nativos se preparaba para dar inicio al ritual que debía pasar el nuevo integrante: una vez nacido un bebé, se lo lleva a la orilla del mar, en donde debe ser mojado por una ola para luego ser mostrado al satélite blanco cuando apenas aparece en el horizonte. Una vez que llegaron a la espuma que las pequeñas olas depositaban sobre la playa, el padre pronunció algunas palabras. Tras ellos, imperceptible como una sombra en la penumbra, una figura espectral los observaba desde los matorrales. “No te lo llevarás”, le dijo el ángel guardián al habitante de las sombras. “Si lo haré”, le contestó éste. Y en un abrir y cerrar de ojos los oponentes se trabaron en lid. Ambos eran precisos, ligeros y mortales. El ángel trató de rodearlo y alcanzarlo con su lanza, pero fue vano. El atacante se adelantó a sus movimientos y con un golpe de puño sobre el corazón de la víctima dio por fin al combate. El alado entregó el alma al instante. Coetáneamente, alguien del grupo desgarró el viento con su grito de dolor. Sin causa alguna, y de improviso, el niño dejó de respirar. Mientras su madre intentaba reanimar a la criatura, una anciana que formaba parte del cortejo giró sobre sus talones y dirigió su vista hacia los matorrales y

murmuró: "Maimó... Maimó..."

XII

Vivian mantenía sus dedos entrelazados con los míos mientras hablaba. No existen palabras para describir su belleza. Era la carcelera de mis sentidos y emociones. La pena más hermosa que un condenado pudiera tener. El fulgor de su esencia de mujer era desesperante, y resultaba imposible que quienes la rodearan no se sintieran perturbados por el hechizo de su hermosura. Yo, aun en cama y recuperándome por las heridas recibidas, recibía sus atenciones como enfermera del hospital militar. La historia comenzaba a armarse como un rompecabezas. A pesar de ello, no llegaba a comprender mi punto de convergencia con Vivian. Como una mariposa al fuego me acerqué a su boca y la besé con fruición, y en ese momento íntimo de agua y lilas supe que me unía a ella un lazo cósmico, el cual no podríamos deshacer aunque quisiéramos. Por un instante me sentí desdichado, pues amarla me tornaba vulnerable. "Dime aquello que no se, por favor", le rogué. Ella acomodó uno de los tantos rizados que cubrían su frente, con ese gesto tan característico que le había descubierto. "¿Conoces Positano?", preguntó. Contesté con un gesto afirmativo y agregué: "Puerto de la República de Amalfi, sobre las aguas del Tirreno. He estado allí. Recuerdo los viñedos y huertos en terrazas en las laderas bajas, y a las tierras de pastoreo en las altas, en una armonía de colores y formas inmensas con olor a limón y pueblos solares". "¡Sííí! Es hermoso", se entusiasmó. "Bueno, como tu sabes Positano se encuentra enclavado sobre la ladera de una empinada montaña, sin un orden premeditado, donde se suceden las distintas callejuelas y las pequeñas placitas a las que se pueden ir accediendo por numerosos escalones. El tiempo allí está en suspenso, por lo cual no hay prisa por recorrerlo. Allí, en la iglesia de Santa María Assunta, conocí a alguien especial como tú y yo, y me relató la historia de una prostituta de algún puerto griego o fenicio que,

raptada y trasladada a bordo de una embarcación, durante el trayecto hacia el África tuvo una niña. Ambas fueron arrojadas al mar y a sus profundidades por la tripulación. La madre murió, pero el bebé sobrevivió y fue adoptado por una familia de esos lares. El padre de la pequeña no era otro que Lucifer, el ángel Caído...” Ella me miró, y yo mantenía una actitud taciturna y concentrada en el relato. “Prosigue”, le dije. “Lo cierto es que también me relató que se me había asignado un ángel guardián y que éste, alejado de mí, fue entregado a tribus bárbaras por mi padre. Creo que ése guardián eres tú, mi amor. Y yo tu protegida, tu misión en la Tierra”. La historia de ribetes fantásticos comenzaba a cuadrar toda. “Y dime”, inquirí. “¿Cómo se llama quien te relató la historia?”. “Tenía un nombre raro”, me dijo sonriéndome. “Pero lo recuerdo: me dijo que se llamaba Maimó”.

XIII

La mañana no sonrosaba sus mejillas aún, cuando partimos mar adentro. Nuestra embarcación, en su vaivén, parecía socorrernos de un mundo que hasta ayer nos hacía esquivo en el encuentro. El pobre mundo, envuelto en sus guerras y su miseria, nos parecía ajeno, pues nuestro amor nos transportaba a una dimensión de felicidad sempiterna. Gozo único e inigualable. Nuestro. Mi mujer, la de los ojos más verdes que el verde mismo, de un fuego acuoso intenso, a la que al fin llegué, no cesaba de transmitirme sus sentimientos. Ella era mi hogar. Durante la travesía no dejé de abrazarla y prodigarle los besos que intentaban saciar mi necesidad de siglos de su ausencia. Íbamos a nuestro destino final, para vivir el uno con el otro en el lugar que ella eligió. Positano, proyectándose viejo y gentil sobre la explanada oceánica, nos recibió con sus brazos de espuma y un puerto boquiabierto a nuestra llegada. Una vez allí nos afincamos en una preciosa casa blanca de balcones con tinajas de tierra negra y flores, a la cual se accedía por una estrecha calle empedrada. Nuestras vidas eran perfectas. Por la mañana el aroma a café de la cocina era el vestido de

Vivian, a quien tomaba por su cintura para cabalgar juntos por las planicies del amor hasta quedar empapados en sudores. Ella tenía el sabor del mar. Luego me iba a dar clases como profesor de Literatura en una escuelita local y volvía por la tarde para fundirnos en besos desesperados que la desvestían de vergüenzas para culminar exhaustos en vendavales de jadeos. Una mañana, al ir rumbo a mis clases, mientras caminaba sobre un corredor costero, mi corazón se detuvo al percibir la presencia de una enorme figura que desplomaba el peso de su cuerpo bestiaro sobre los codos apoyados en una pasarela de metal oxidado. Sus afiladas uñas rozaban el hierro, y sacaba notas chirriantes. Me detuve detrás de él, a corta distancia, sin saber que hacer, pero seguro que había advertido mi presencia. “El mensajero sin alas. El protector sin protegido. El esbirro del general celestial. Un simple maestro de escuela”. El odio habló con su voz de muerte y desolación. “Vete de aquí. Nada tienes que hacer en esta parte del mundo”, le ordené con voz altanera. Se dio media vuelta, y con su cara maligna me enfrentó. La superficie espejada del mar, detrás de su figura, daba un contraste fantasmal a su cabellera negra que se empecinaba en jugar con el viento. “No te daré a mi hija. Antes de dejar que esto siga sucediendo, y que perdure ese maldito amor entre ustedes, prefiero acabar con su existencia. Ha de morir por las manos de su creador. No postergaré lo impostergable. Alguna vez te hablé de ciertos protocolos que no se soslayan, y ustedes lo han hecho: nunca un guardián se vincula sentimentalmente con su protegido. Yo terminaré esa situación. Sabes que lo haré y no tienes el poder de impedírmelo, pues soy el Señor del Dolor y la Miseria, y tú... tú eres nada...” El miedo, esa sensación por mí desconocida, se había apoderado de mí. La sola idea de perderla, creaba en mi interior un abismo de soledad inconmensurable. “Espera. Hay una posibilidad”, lo interrumpí. “Dame mil años de vida para estar con ella, y te entregó otros tantos para tu servicio. Tiempo y oficio en la guerra es lo único que poseo”. “Ja, ja, ja, ja”, asintió riendo. “Bien, acepto tu alma, guerrero guardián. Ten entonces tus mil años de amor a cambio de otro

tanto de desdichas. Me encantan los tratos de este tipo, sobre todo cuando resultan tan injustos para una de las partes". Y mirándome fijo con sus pupilas, donde vi. el Averno y sus almas penitentes, agregó: "Pero ahora que hemos establecido el trato, debes saber algo de ella que aun no te ha dicho, y yo me encargaré de decírtelo: Al inicio de los tiempos, El Gran Bastardo de los Cielos me condenó a los infiernos tan solo por mi ambición. Y eso me dolió, pues lo serví con creces y la paga fue mala. Entonces entendí que soy dueño de mi naturaleza, y me libré al fin de sus juegos. Él se preocupa por los hombres y les da esperanzas, y fe. Yo les doy lo que desean. Él protege a las personas con guardianes, dulces compañías... Yo en cambio los privo de ellos, con la única finalidad que sean víctimas de sus elecciones libres, sea para bien, sea para mal. De todos mis esbirros, uno fue ungido para cumplir la tarea de exterminar a los principados, arcángeles y ángeles. Su nombre es susurrado para no llamar su atención, pues solo trae destrucción y desolación. Oh si, presiento que empiezas a descubrir la verdad, Percival. El nombre de tan extraordinaria criatura del mal, que con solo la presión de sus dedos puede aniquilar al más valiente de los mensajeros, es un nombre que ya has escuchado..." Mis sienes estaban a punto de estallar. Ya no quería escuchar. "Esa creación mía se llama Maimó. O si prefieres la puedo llamar como ella prefiere que la llamen: Vivian". La verdad revelada me llegaba como un eco lejano a través de un desierto de sal. Vivian...

XIV

Mis pasos eran pesados, pues cargaba el dolor que la humanidad toda no puede acarrear sobre sus espaldas. El amor de mi vida, mi protegida, no solo era un no letal flagelo para los mortales, sino también para aquellos seres celestiales encargados de su custodia. Ninguna de las heridas que había sufrido en combate, y que me habían dejado al borde de la frontera

final me había dolido tanto como esta revelación. El gris plomo de las tardes de la aldea donde me habían criado anidaba ahora en mi corazón, y sin fuerza emprendí mi regreso a nuestro hogar. El cielo había dejado de ser diáfano, e indolentes nubarrones se cernieron sobre la costa amalfitana, que recibió una lluvia negra y fría. Mi rostro era surcado por rías de agua dulce y lágrimas de amarga pena. Ascendí por una calle angosta que me pareció interminable y me detuve frente a la casa donde con ella fuimos tan felices. Entré sin hacer ruido. El interior estaba quieto. Solo el crepitar de la lluvia torrencial sobre los tejados adormecidos por el calor era audible. La tarde daba lugar a la noche, y los últimos rayos de una luz difusa apenas besaban los cristales de las ventanas. Vivian estaba recién bañada, con su largo cabello húmedo y rojo que despedía fragancias de menta fresca. Tenía puesto un vestido blanco de algodón niveo que dejaba traslucir sus palpitantes pechos y un aterciopelado monte de Venus carente de vergüenza. Sus ojos lo decían todo. Ella ya sabía que yo sabía. En su mano derecha blandía un estilete. Nos miramos fijamente el uno al otro, y el todo éramos nosotros, montados en historias vividas por otros hombres y mujeres que nos precedieron, y que llegaban al final del camino. “Te amo, por sobre todas las cosas y por sobre mi naturaleza. Tú me diste el conocimiento de aquello que estaba impedida de conocer. Tu amor fue la carroza que me lleva hasta este momento crucial de nuestras vidas. Te amo Percival, no por destino, sino por elección. Yo elijo amarte”. Cuánto dolor podía seguir infringiéndome cada acto que afrontaba. Ella, la cruz del sur que fue mi guía a través de los siglos, el agua que calmaba mi sed de ausencias, la hija de demonio, la asesina de guardianes, me confesaba su amor. “Yo también te amo Vivian”, respondí. “Eres mi paraíso personal. Deseo vivir en ti, no importa lo que pase. Durante siglos he pensado que todo es injusto, el Bien y el Mal son desafortunados y demasiado incomprensibles para las personas. El amor y el odio se parecen tanto a Vivian como a Maimó, son tan fundamentalistas que se tornan grises en un punto. Y nosotros somos ese punto”. “Tu eres el valiente mi

amor”, susurró. “Yo tan solo una homicida de valerosos guerreros que daban segundas oportunidades. Ten valor y acepta mi ofrenda. De esta forma, cualquier juramento que mi padre te haya hecho cumplir, se rompe con mi sacrificio. Te amé, te amo y te amaré hasta el final de los tiempos. Y sin decir más, hundió la daga hasta lo más profundo de su corazón, para caer muerta a mis pies. Me arrodillé y la sostuve en mi regazo. Mis lágrimas eran la lluvia que mojaba sus labios inertes. Con mi mano cerré sus abiertos ojos de verde y la besé. Y mirando hacia la ventana, le aullé a la noche como el lobo a su manada y grité su nombre: Maimó...

XV

La puerta crujía en su vaivén cuando el viento jugaba con sus astillados huesos. La noche, que caía sobre la lúgubre ciudad con sus nubes reptando por lo negro, estaba más oscura que la tumba abierta en ese cementerio. El ataúd, de madera pobre, se encontraba abierto y dejaba entrever la profundidad de lo inevitable. El hombre lo cubrió con flores y depositó el cuerpo de su amada para luego cubrirla de tierra y lágrimas. Una vez terminado dejó caer la pala a un costado y caminó sin rumbo. Desde el árbol de ramas retorcidas, un cuervo de ojos vacíos miraba al que llegaba. No estaba vivo. Pero tampoco muerto. Hacía un tiempo que respirar se le dificultaba. No tenía planes para el mañana, y el hoy le era un suplicio. No sentía dolor pues la pena era infinita. Era un medio muerto. Estaba enamorado de quien nunca más lo amaría. Arrastraba su condena desde tiempos inmemoriales. Una vez que llegó hasta el lugar elegido, se echó sobre la tierra gruesa a esperar. La mañana nunca pobló sus ojos, y el rocío fue su mortaja. Muerto... muerto de amor. Algunos lugareños cuentan que por esos misterios de la vida, una joven llamada Eleonora, que casualmente participaba de un cortejo fúnebre, encontró el cuerpo sin vida yaciendo sobre las heladas tierras del cementerio. También su pena fue

infinita. Arrepentida de no haberse atrevido a amarlo en vida, desde que lo conoció como alumna de un curso de literatura, decidió convocar a su alma para que regresara al mundo, y así compartir con él el resto de sus días. Percival, que había pretendido descansar en paz después de tanta agonía, no pudo resistirse al llamado. Atravesó el portal, feliz porque ahora sí tenía planes para el mañana. Cuando abrió sus ojos, advirtió una apariencia desconocida. No reconocía el rostro, siquiera el lugar. Extraño sortilegio el que propone la vida: amar a quien no nos amará y ser amados por quien jamás amaremos. Dicen que el hombre, el no muerto, se levantó y se fue a algún lugar o a otros tiempos. Si crees en historias que cuentan aquellos que ven con su corazón, convócalo con una oración, y tal vez, solo tal vez, no te desampare ni de noche ni de día.

**Autor: Eneas Duncan (seudónimo literario de Horacio Castellano);
Ensenada, Provincia de Buenos Aires, Argentina.**

Relato inédito.

Hyperespacio Andrómeda. www.libroandromeda.com

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en Internet:

Reconocimiento – Sin obra derivada – No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.